

ACONDICIONANDO LA CASA

Amanece a la siete treinta en el habitáculo privado de doña Jenara, antes, su marido –Juanito– preparaba su cuerpo para el duro acontecer en el campo con un variado desayuno que compuesto de tostadas con mermeladas, queso, jamón york o del lugar, tres piezas de fruta del tiempo y un buen tazón de leche, preparado estaba de la noche antes por el buen oficio del ama de casa eterna. Es, después de lentamente formar parte de su cuerpo, cuando acabado el mismo el día se torna largo pero con agrado al saber que a sus setenta y un años sigue aportando a la comunidad carne de sus corderos y leche de sus ovejas. Esta sensación de “servir para algo” es el sentido –por otra parte repetido en eso de hacerlo sesenta años seguidos– al despertar al día con los faros de su coche que le acerca a su finca de trabajo. Digo que doña Jenara acompañando en los últimos minutos a su amado esposo deja la cama sin miramientos ni perezas, son más de cuarenta y cinco los años que repite el mismo ritual salvo tiempos de causa mayor por enfermedad u otros avatares de su generosa vida. Si a don Juanito le espera el ganado y bien que abastece sus necesidades a tenor del buen aspecto que siempre tienen, la abuela de mis hijos tiene que lidiar con lo privado de la pareja, con ese espacio sagrado de las democracias burguesas, con ese reducto de descanso del cansado productor de bienes y servicios y lugar de amamantamiento de los infantes que nacieron de esa primera entrega de amor después de un acto sacramental en medio de la comunidad. La casa, más parecida al espacio privado griego y romano, salvo por el derecho al voto de las guardianas del mismo, se repiten tradiciones

asemejadas al lugar “sin valor” de los momentos históricos referidos, en la propia medida de ser el mercado el fijador del precio del mismo al conseguir el dinero necesario el varón en el espacio público. Es este el caso, separación de papeles de muchos hogares –antiguos quizás– en buena parte del territorio rural de Extremadura y de toda España. Gestionar este lugar “sin valor” tampoco es cosa baladí a tenor de las horas de notable esfuerzo que doña Jenara reproduce hasta el asombro.

Desayuna después de varias horas de lenta y pausada entrega al buscar el orden que había antes de acostarse en la cama y de que el paso de nosotros ensuciara su reino, amén del polvo que sin saber cómo aparece en cada mueble y en cada utensilio de la vivienda común, ahora más común que nunca. Comienza acabando de deshacer el lecho que por unas horas albergó su cuerpo y el de Juanito, necesita la cama ventilarse, minutos después la impecable destreza de sus manos hacen la cama como si de perfección se tratara, asemejada a una obra eterna de Miguel Ángel o a la pureza sin límites de las pinceladas de Goya, no hay reducto de arruga ni caída descompensada en los cuatro espacios de los que se compone el citado mueble; ya quisiera semejante ajuste la NASA en sus vuelos espaciales. Rito ancestral que sin duda se remonta al comienzo de la humanidad, si no cómo hubiéramos llegado hasta aquí, hasta los albores del nuevo milenio contado desde el nacimiento de nuestro único Dios verdadero (como veremos esta afirmación es tan verdad como todas y cada una de las creencias de nuestra heroína de la historia). Una y otra vez revisa su obra, no es posible pasar a otra labor de no estar rozando la perfección la que tiene entre manos, ¿El tiempo? El tiempo no importa en el transcurrir entre las paredes de lo cotidiano. Cubierto este primer objetivo doña Jenara procede a alejar el polvo y la suciedad de su cuarto. ¡Cuán agradecida tiene que estar la amplia cama de cerezo casi centenaria a tenor de las caricias que recibe! Una y otra vez el paño se afana por hacer desaparecer las diminutas motas de polvo que el azar ha depositado en la misma, una y otra vez incansable recorre cada milímetro de tal preciada madera, apuesto a cada uno de ustedes que les resultarían difícil afirmar que esas piezas

de madera que ensamblan la cama no acaban de salir de la fábrica, a no ser por el encanto que tiene el brillo fruto del contacto diario en los cerca de cincuenta años que dona Jenara acaricia hasta la saciedad. La humanidad quedaría confortada de esas caricias si se repartieran a doquier por todo cuerpo de hombre o mujer, niño o viejo de los que poblamos este tiempo. ¡Suerte tiene esa pieza de descanso por ser merecedor de tanta entrega! ¡Cuánta exigencia de esa misma perfección cuando no se está en esos mismos parámetros de perfecta asimetría!